



© ANNA BOYÉ

SOBRE EL FUEGO FORESTAL Y OTROS MALENTENDIDOS

RAMON FOLCH I GUILLEN BIÓLOGO

No estoy seguro de que añadir literatura a la ya muy —¿demasiado?— abundante sobre los incendios forestales sea un acierto. El fantasma de la redundancia, de la vacuidad incluso, planea en efecto sobre el asunto. Pero también planea el de la indiferencia, contra la cual, a veces, es eficaz la reiteración. Voltaire dicen que decía que se repetía, pero es que no le hacían caso. Está claro que, sobre incendios forestales, tampoco hacen caso (ellos, ¿quiénes?, ¿todos?) y quizás por ello sea necesario repetirse (nosotros, ¿quiénes?, ¿algunos?). De todos modos, quede claro que sobra literatura —creación literaria, quiero decir— y falta búsqueda, reflexión y gestión.

Decido suponer que el lector está al corriente del caso, que lee los diarios, ve y escucha los informativos y todas estas cosas. Prescindo pues de escandalosas —por cierto: ¿fiabiles?— estadísticas sobre número de hectáreas quemadas* y desoladas lamentaciones civiles, clavadas, por otra parte, en el fondo del alma, es cierto. Aceptaré, como punto de partida, que tenemos un serio problema conocido, que se trata de establecer su etiología y de apuntar las soluciones. Y de complementarlas como está de moda decir.

El fuego comparte historia con la vegetación mediterránea. Ha contribuido a conformarla, como cualquier otro elemento ecológico. Pero, poderoso y drástico, basta con que aparezca de vez en cuando para que su huella esté siempre presente. Ahora se convierte en una plaga por su desmedida frecuencia: la gravedad actual de sus efectos se debe mucho más a la cantidad que a la calidad de sus características. Gran parte de las plantas leñosas mediterráneas son capaces de rebrotar después del incendio o disponen de semillas poco sensibles al fuego. Después del fuego, las mismas especies de la área calcinada (los hijos de los ejemplares destruidos, incluso los mismos individuos rebrotados) restauran el manto vegetal. La dialéctica de la naturaleza supone comportamientos diferentes en el seno de este conjunto de estrategias vitales que son las especies biológicas, pero todas las leñosas mediterráneas tienen en común la integración del fuego como elemento ambiental condicionador.

Observar un bosque mediterráneo quemado durante los meses que siguen al incendio es muy ilustrador a este respecto. Los alcornocques, si existían, reconstruyen su copa, protegidas las partes vitales del tronco, durante el incendio, por el

corcho aislante. Las encinas, los aladiernas, matorrales, brezos y muchos otros, suelen rebrotar desde el tocón. Los matorrales o los propios pinos —que, sin embargo, mueren durante el incendio— germinan prestamente a partir de innumerables semillas, semillas casi incombustibles dentro de sus estuches leñosos (piñones, cápsulas), y crecen con rapidez. Veinte o treinta modestos años —casi nada para naturaleza— suelen bastar para que el bosque se autorreconstituya; si se trataba en el origen de una maquia o monte bajo, hará falta menos tiempo todavía. Durante las fases iniciales, tienen ventajas las especies de crecimiento rápido, razón por la cual el fuego les favorece indirectamente. Para estas especies rústicas y de crecimiento rápido, a menudo “sospechosamente” provistas de elementos combustibles, como resinas y esencias, se crea la denominación de *pirófitas* (plantas del fuego), término poco feliz porque toda la vegetación mediterránea, como hemos dicho, es, poco o mucho, pirófila (o, más bien, piroresistente).

Quizás sea necesario decir ahora, efectivamente, que se han cargado demasiado las tintas sobre la pirofilia de los pinos, ante una especie de maravillosa y pretendida incombustibilidad de las encinas y



© ANNA BOYE

especies asociadas. Ciertamente es que los pinares arden con mayor facilidad, pero los encinares no se libran tampoco del fuego. Los encinares, con respecto a los hayales, son pura pólvora (y los pinares mediterráneos, dinamita viva). Toda la vegetación mediterránea es pirófila, todas las especies leñosas mediterráneas son pirófitas más o menos conspicuas, dado que todas son capaces, más o menos eficazmente, de perpetuarse después del incendio. Después de tantos miles de incendios, si alguna vez han existido especies leñosas mediterráneas pirófugas, ya se han extinguido (o casi). Esta demostrable evidencia es ahora un mensaje de urgente difusión, ya que una lectura precipitada, y sobre todo maniquea, de incipientes hipótesis científicas, ha creado una cruzada pinoclasta injusta —por exceso— en ciertos espíritus ecopatrióticos.

La desaparecida pero suficiente presencia del fuego ha consolidado la pirrorresistencia, pero ésta no explica la aparición del incendio. El incendio, al principio, debió de tener un origen fortuito —y por esto mismo, una presencia no usual—, provocado, tal vez, por el relámpago. Sobre la húmeda vegetación, el avance del fuego, en una leña mojada, era —y es— muy difícil, poco probable. Pero el verano mediterráneo es caluroso y seco: si el fuego se presenta, la vegetación es yesca. Julio y agosto son meses secos en el Mediterráneo, pero no septiembre/octubre o abril/mayo. La lluvia total caída durante el año (500/700 mm) permite el mantenimiento de una buena masa vegetal, muy alejada de las miserias del desierto. Pero es una vegetación leñosa y esclerófila: las hierbas tiernas y las turgentes hojas, que se mantendrían todo el año con una “buena administración” de estos 500-700 mm, no pueden superar la barrera seca canicular. Es entonces —y también, aunque menos al ser más frío, durante un segundo período seco invernal— cuando la chispa fortuita se convierte en incendio incontrolable. Por esto fuego y Mediterráneo comparten historia.

Uno puede preguntarse, ante todo ello, cuáles son las razones de la actual alarma. De hecho, ya se han dicho más arriba: la *cantidad* de incendios. Los retoños, por ejemplo, no parece que puedan ser indefinidamente producidos por un mismo individuo reiteradamente quemado, ni un alcornoque puede rehacer cada dos o tres años su ramaje destruido por el fuego: si tantos incendios hay, y tantas veces se vuelven a quemar los mismos lugares (o sea, los mismos retoños), los an-

tes mencionados y modestos veinte o treinta años pueden ser una meta inalcanzable. La fauna por otra parte, no es pirófila en ningún caso y el recurso de huir puede resultar imposible, incluso para las, por otro lado escasas, especies de gran movilidad, ya que no tendrán a donde ir. Es más, está el caso del suelo, que puede experimentar deterioros a causa del fuego reiterado y, cosa más grave, pérdida de contingente por simple erosión. Y por fin hay un hecho ecológicamente irrelevante y, a la vez, para nosotros, trascendental, el de nuestros intereses como habitantes del territorio: no nos complace ni nos conviene vivir rodeados de cenizas o de escuálidos bosquecillos incipientes, ni que sean futura garantía de nuevas forestas (o de nuevas hogueras...).

El tema de la cantidad condiciona también, claro, el tema de la actitud civil después del fuego. Confiar en los procesos de autorreconstitución, de la restauración de las zonas quemadas es sensato, barato, y ecológicamente loable cuando el tanto por ciento de bosque quemado es pequeño. Pero, si es mayor, es necesario pensar en acelerar artificialmente el proceso. Empíricamente, se ha recurrido a los pinos, y con acierto porque, como hemos dicho, son especies rústicas y de crecimiento rápido. Que el área repoblada forestal les fuese potencialmente propia o perteneciera a las encinas, era casi una discusión académica y sin mayor interés: la dinámica de la vegetación ya impondría, a la larga, su ley. Pero cuando la cantidad de fuego ha sido tan importante,

está claro que no son la mejor elección, porque arden con facilidad. Y hacerlo con encinas tampoco es una buena elección, porque crecen con demasiada lentitud (esto si llegan a hacerlo, plantadas por medio de semillas o pequeños pimpollos, en lugares completamente abiertos e insolados, nemorables como son). Esto significa que todo es malo y que no hacer nada, en este caso, tampoco es bueno. Es decir que nos enfrentamos a un auténtico problema, a un serio problema ecológico. ¿Qué les pedimos a las autoridades sanitarias ante el SIDA? Charlatanes metafísicos al margen, solicitamos que mitiguen el sufrimiento de los afectados, que miren de evitar la expansión del síndrome y, sobre todo, que estimulen y den apoyo a las investigaciones. Entiendo que el fuego es nuestro SIDA forestal. Hemos de empezar admitiendo que no lo conocemos bien, que somos los transmisores (porque el fortuito relámpago es ya una pura anécdota) y que le preparamos el terreno con un espacio forestal hecho a medida para sus fechorías.

Este último punto es muy importante. Nuestros bosques están intervenidos desde hace siglos, porque de ellos extraíamos carbón, leña, madera. Perdieron impenetrabilidad, probablemente su recurso defensivo más grande, pero había alguien que les vigilaba. Esta gente que de ellos vivía y en ellos vivía —poco— se ha marchado a los núcleos urbanos; por el contrario, los bosques reciben ahora oleadas de personal urbano que desconoce las características más elementales, y esto ocurre, sobre todo, en verano. El sector público los mira —o los miraba— con cierta indiferencia, ya que en Cataluña son propiedad privada —no es ningún delito, ¡caramba!— en un 80 %. Ocupan áreas ingratas, de montaña, las que la agricultura ha desechado, las menos productivas, empinadas y de difícil tránsito (también a la hora de apagar el fuego, evidentemente...). Un espacio desvalorizado, abandonado, poco productivo en términos económicos, masivamente visitado y tan frágil en verano, cantado por todo el mundo y no atendido por nadie (o casi) es, con toda evidencia, un espacio a reconvertir.

Es éste el reto que será necesario afrontar en los años venideros. ■

* Para el lector que no esté al corriente, diremos que, sólo en 1986, ardieron en Cataluña 70.000 ha de bosques y bosquecillos, cosa que equivale al 0,3 % de toda la superficie del país y a más del 1 % del espacio forestal.